

Se admiten suscripciones para fuera de esta capital al precio de UNA PESETA el trimestre.
Pago adelantado.

¡VERAN USTEDES!

Número suelto 5 céntimos.
—Número atrasado 25 céntimos.—Precio para vendedores, 75 céntimos la mano de 25 ejemplares.—Anuncios, precios convencionales.

Periódico original escrito con mucha sal y muchísima intención,
para dar la desazón a Cánovas y Piñal.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CASTELLÓ, 12, SEGUNDO IZQUIERDA.

AÑO I.

MADRID 8 DE MARZO DE 1885.

NÚM. 6.

SECCIÓN POLÍTICA.

LA COMEDIA POLÍTICA.

(IMITACIÓN DE CAMPOAMOR.)

I.

(Asunto: lo que es verdad dentro de la monarquía.
Lugar de acción: patria mía.
Epoca: la actualidad.
Gran pausa. Escena primera.
Como el que se está muriendo, sale Sagasta gimiendo y dice de esta manera:)
—¡Ay! mi ciencia es bien menguada, pues no consigo el poder; me siento desfallecer...
¡Oh, suerte desventurada!...
Hombres del pueblo, escuchad: ¡quiero daros muchos goces!...
—¡Es falso!—(gritan mil voces.)
(Y Campos dice:—¡Callad!)
Sagasta: Yo, caballeros, soy persona muy decente... Os lo digo francamente: me afaño por complaceros.
Si recuperar consigo la breva que me quitó aquél á quien siempre yo di el dulce nombre de amigo, daré á los buenos, honores, castigaré á los demás...
(Aquí le silban los más; gruñen los conservadores; Sagasta saca el pañuelo para limpiarse el sudor, y Moyano dice:—¡Horror! Y un chulo grita:—¡Camelo!)
Mi política va á ser: vuestros males remediar, trabajar y trabajar, y sobre todo... ¡comer!
(Rumores. Después quietud.)
Sagasta: Por conclusión: una buena indigestión es la principal virtud.

II.

(Sale Cánovas á poco, y al contemplar á Mateo, exclama al punto:—¡So feo!...— y se rie como un loco.
Segundo acto. El pueblo está que se las pela de rabia.)
Cánovas: Tú estás en babia y no entiendes esto ya.
Sagasta: Me estoy muriendo y necesito comer...
Cánovas: No puede ser; ¿no ves que estoy yo comiendo?
¿No ves... (Sagasta, de pronto, murmura:—¡Qué orangután!)
Cánovas: ¡Que me den pan y después me llamen tonto!
Si en política eres zote no tengo la culpa, no; imita al corcho, cual yo, y quedarás siempre á flote.
Materia sin albedrío es el pueblo soberano... el pueblo sigue al tirano si éste rie cual yo río.
Ya ves, yo he dado en llamarme liberal; saben que miento...

si el pueblo está descontento, ¿por qué tarda en derribarme?

Porque soy un hombre ducho en la ciencia del mentir; porque le hago reir, porque le divierto mucho.

Huyen tristes impresiones á la voz de la alegría... ¡siempre en una monarquía son precisos los bufones!

(Risa. Aplauso general.)

Cánovas: En conclusión: al político bufón nunca, nunca le irá mal.

—Yo lo que quiero es comer;—

(dice Sagasta gimiendo.

Y Cánovas, sonriendo,

dice:—¡Querer, no es poder!

(Y uno y otro concluyendo,

queda un bando y otro bando,

con Sagasta bostezando,

y con Cánovas riendo.

Y así, pensando en pensar

qué político es peor,

sucede que... ¡Lo mejor,

lo mejor será callar!)

III.

(Dudas. Confusión. Ruido.

Para formar el terceto,

sale el duque del folleto

con semblante compungido.)

El duque: Sin tón ni són

se está discutiendo aquí;

escúchame, pueblo, á mí:

conmigo está la razón.

Sin mí no puede haber nada...

¿hay alguien que no lo crea?

¡Que recuerde de Alcolea

la muy gloriosa jornada!

Yo fui el héroe de aquel día,

y hoy que lo antiguo volvió,

también el héroe soy yo

de la noble monarquía.

Quiero dar gusto á la plebe;

he formado un gran partido,

y el Código he prometido

del año sesenta y nueve.

Mis palabras son sinceras;

cumpliré lo que prometo,

aunque escriba otro folleto

ese bribón de Carreras.

Y aunque siguiesen dudando

los necios...—(El pueblo todo

le silba aquí de tal modo,

que el duque dice:—¡Estimando!...

Siempre la malicia fué

vuestra amiga inseparable;

decid si queréis que hable

y sino me callaré.

(Nueva silba. Sensación.)

El duque: Si de mi hijo

se burlan, según colijo,

armo una revolución...

(Un chulo: ¡No mates más!

Duque: Todos sois truhanes

y cinicos perillanes...

Una chula: ¿Callarás?...)

¡Cayó mi gozo en un pozo,—

dice el duque, y se retira.

El pueblo en masa suspira,

pero suspira... ¡de gozo!

IV.

(Acto cuarto. Se alborota

la plebe. Sale Cristina

unlando su faz divina

con aceite de bellota.)

Cristina: Pruebo que es vana toda regla de moral en este baile infernal que se llama vida humana.

El extenso diccionario de virtudes y deberes, de purísimos placeres, es un libro innecesario.

Es la ciencia del vivir faltar, si fuese preciso, al más santo compromiso; alborotar y mentir; charlar, charlar y charlar dando hermosas apariencias á todas las excrecencias de este inmenso muladar.

Mi Dios es el Presupuesto; la veleta mi divisa.

(El dulce cantor de Elisa hace un expresivo gesto.)

Sólo los tontos son fieles;

yo nunca pude ser fiel...

Si es mi cara de pastel

¿por qué no he de hacer pasteles?...

(Unos: ¡Bien!—Otros: ¡Muy mal!)

—¡Atención!—(dice Cristina).

Quiero ser la Celestina

de la época actual.

Quiero que en abrazo fuerte

se unan el duque y Mateo...

(Aparte.) Si este deseo

se realiza, hago mi suerte.

V.

(Se termina la función.

Queda el pueblo como antes

de empezar. Los comediantes

se abrazan. Cae el telón.

El pueblo muestra al marchar

duda, dolor, descontento,

y con apagado acento

se limita á murmurar.

¡Pobre nación la que así

se hace víctima del tedio!

A grande mal, gran remedio...

¿Qué es lo que hace falta aquí?

Demstrar con valentía

que nuestra patria adorada

siempre estará deshonrada,

escarnecida, arruinada,

mientras haya..... (1).

TOMÁS CAMACHO.

MENUDENCIAS.

A Emilio Zola.

Señor don Emilio Zola. Respetable señor mío: admirador entusiasta de sus notables escritos que aquí suelen publicarse, aunque muy mal traducidos, saludo á usted ante todo y le ofrezco mis servicios, pasando luego á explicarle los poderosos motivos que me obligan á escribirle.

Es el caso, don Emilio, que en esta clásica tierra

(1) Ustedes dispensen. No encuentro consonante en *la*. El lector puede suplir mi torpeza colocando en ese hueco la palabra consonante que crea más adecuada.

de toreros y políticos
donde aquéllos dan *el quiebro*
y éstos suelen dar... *un mico*,
no se encuentran escritores
que, en claro y punzante estilo,
quieran cultivar el género
que usted tanto ha enaltecido
en tres novelas que son
asombro de nuestro siglo. (1)
Aquí, como todo es farsa,
no existe el *naturalismo*
y sólo se escriben odas
al sol, a la luna, al río,
y sonetos a las nubes
y a las rosas, y a los lirios,
y al murmurante arroyuelo
que se desliza tranquilo
sobre una alfombra de césped,
bajo un cielo azul purísimo...

Usted, al leer esto, creará
que España es un paraíso
y que no existen miserias,
ni pesadumbres, ni vicios,
ni hipócritas, ni avarientos...
¡Buen chasco se lleva, amigo!
Aquí existen esas cosas
y otras muchas que no cito;
pero faltan escritores
que las retraten en libros
como las que usted publica.
Por lo tanto, me permito
proponer a usted un negocio
que ha de serle productivo:
véngase lo antes posible
a estudiar nuestro realismo
y encontrará usted argumentos
para diez ó doce libros.
Puede usted empezar haciendo
uno que lleve por título:
*Inmundicias é inmundicias,
ó carcundas y mestizos.*
Para que se forme idea
de lo que son estos *bichos*,
y de su culto lenguaje
y encantador aticismo,
a continuación le copio
el diálogo sostenido
entre un neo de *La Unión*
y otro del *Futuro Siglo*:

—«¡Bendito sea Dios! Estoy
plenamente convencido,
de que eres un alcornoque.
—Y tu un asno.

—Y tu lo mismo;
y además necio y soez
en grado superlativo.
—¡Calla, reptil asqueroso!
—¡Calla, repugnante bicho!
—Nauseas me dan al oírte.
—Yo al contemplarte, vomito.
—Sólo á puntapiés estoy
dispuesto á tratar contigo.
—Yo á salivazos...

—¡Marrano!
—¡Súcio!
—¡Asqueroso!
—¡Cochino!
—¡Hipopótamo!
—¡Cobarde!
—¡Montón de estiércol!
—¡Bandido!
—¡Calumniador!
—¡Insolente!
—¡Tunante!
—¡Granuja!
—¡Pillo!...

Y aquí suspendo el relato
por no serme permitido
estampar ciertas palabras
dignas sólo del garito
donde van á revolcarse
en el fango de sus vicios,
las *vestales* de á diez céntimos
y los borrachos *perdidos*...

Conque vénganse usted pronto
á estudiar nuestro *realismo*
y haga el favor de traerse
tres docenas de pomitos
de todas clases de esencias,
pues ya habrá usted comprendido
que le han de ser necesarios

para entrar en ciertos sitios...
sobre todo en los que haya
un carcunda ó un mestizo.

A Cos-Gayón.

En ministerial poltrona
sentábase el *gran* Camacho;
los que trabajan y sufren
y no tienen un ochavo,
al ver que sus planes eran
á cual más descabellado,
renegaban de haber visto
la luz en el suelo hispano,
y yo, ¡la verdad, señores!
dábame á dos mil diablos.

* *

En ministerial poltrona
sentóse luego Pelayo;
los que trabajan y sufren
aplaudieron ese cambio,
pues, don Justo prometía
presentar en breve plazo
presupuestos que asombrasen
á los más desconfiados.
¿Y qué sucedió por fin?
Lo de siempre... ¡Voto al chapiro!
Cuesta fué un ministro, que
nos *costó* bastante caro.

* *

En ministerial poltrona
ahora te encuentras sentado,
y hace lo ménos tres meses
que te ocupas sin descanso
en arreglar lo que siempre
estuvo desarreglado.
Pronto, pronto se sabrá
si son buenos ó son malos
los numerosos proyectos
que de tu mente han brotado,
como los gusanos brotan
de un cadáver putrefacto.

* *

Al emplear este símil
yo de ofenderte no trato;
quiero sólo demostrar
—y no sé si habré acertado—
que con la misma abundancia
con que brotan los gusanos
de un cadáver descompuesto,
habrán sin duda brotado
los proyectos de tu mente...
¿Es esto verdad, Fernando?

* *

¡Ah! no imites Cos-Gayón
ni á Francisco, ni á Pelayo.
No los imites; ya sabes
que aquí los hombres honrados,
hace tiempo, mucho tiempo
que no poseen un cuarto.
(Ya supongo yo que á ti
te tiene esto sin cuidado).

Y si llevas tu osadía
hasta el punto de imitarlos,
te aconsejo que al instante
recojas todos tus bártulos
y á largarte te dispongas,
pues los hijos del trabajo
la calma han perdido al ver
tanta *farsa* y tanto *falso*.

Modus vivendi.

(Opiniones).

CÁNOVAS.

Soy soberbio ante el humilde
y ante el soberbio soy débil;
dame pan, llámame perro...
Este es mi *modus vivendi*.

ROMERO.

El inventar, señores,
horrible epidemia,
es un *modus vivendi*
como otro cualquiera.

QUESADA.

Mo... dus... vi... ven... di. Sí, modus vivendi.
¿Qué querrá decir esto? ¡Caracoles!
¿Qué modo de escribir tienen ahora

algunos monigotes!
Mezclan palabras rusas y españolas
sin pensar en que hay pocos que conocen
el idioma del Czar... ¡Voto va Cristo!
¡qué pedantes son estos escritores!

¡Por fin lo adiviné! *Modus vivendi*
debe ser una prenda de uniforme.
Voy á mandar al instante que le pongan
trencilla, y una hilera de botones.

EL CONDE DE...

Ando ahora apuradillo
de recursos...
¡Si por el *modus vivendi*
me largarán dos mil duros!...

Los crímenes y los robos
están á la orden del día
en Guipúzcoa y en Navarra,
en Aragón y en Castilla,
Extremadura, Vizcaya,
Cataluña, Andalucía,
Canarias y Baleares;
Alava, Asturias, Galicia,
en la Rioja, en la Mancha,
y... en las restantes provincias.
Gracias sean dadas á Dios
y al gobierno canovista.

El ministro de Fomento
ha regalado á una iglesia
que aún está por construir,
una colección muy buena
de cuadros al óleo... ¡Vaya!
El ministro está *de hebra*...
¡Echar cuadros á presbíteros
es una excelente idea!

T. C.

¡DIOS TE AMPARE!

I.

El desventurado anciano,
tiende la arrugada diestra
y una limosna demanda
con voz triste, lastimera...

Hace seis horas que está
en el hueco de una puerta
¡qué frío tiene en el cuerpo!
y en el alma ¡qué tristeza!

Pasan por delante de él
y no le miran siquiera
un ministro, un general,
un marqués, una condesa,
un comerciante muy rico,
una *horizontal* muy bella,
y un respetable canónigo
que tiene muchas pesetas.

El desventurado anciano
tiende la arrugada diestra
y pide limosna, y todos:
¡Dios le ampare!—le contestan—

Pasan horas, pasan horas
y la triste noche llega,
y el pobre mendigo siente
que se le doblan las piernas,
que le zumban los oídos,
que los ojos se le cierran...

Lanza un gemido, su cuerpo
cae después sobre la tierra;
dos agentes de orden públ co
al pobre viejo se acercan,
le examinan, le levantan,
y al Hospital se lo llevan

Y en el Hospital se muere,
y al otro día le entierran.

II.

La desgraciada mendiga
recorre calles y plazas
y con voz triste y llorosa
una limosna demanda.
Lleva en su regazo un niño,
y frenética le abraza,
y pretende, con su aliento
darle el calor que le falta.
—¡Una limosna por Dios!—
la pobre mendiga exclama—
¡ay! que se muere de hambre
el hijo de mis entrañas...

(1) Nana.—L'Assomoir.—Pot-Bouille.

—¡Dios le ampare!—le responde la señora encopetada al subir al carruaje que la conduce á su casa.
—Dios te ampare—le contesta con entonación enfática el conde que se dirige á la timba aristocrática, en la cual piensa jugarse el dinero y las pestañas.
—¡Dios te ampare!—dicen todos los que pasan, el general y el ministro, el caballero y la dama, el respetable canónigo, la mujer desvergonzada que rico traje de seda por el sucio suelo arrastra...

Y la mendiga infeliz triste, hambrienta, extenuada, aterida por el frío, vertiendo abundantes lágrimas, se dirige á su boardilla, y sobre un jergón de paja pasa la noche, besando al hijo de sus entrañas...
¿Y qué fué lo que cenó aquella desventurada?...
¡Besos, abrazos, suspiros, lamentos, quejas amargas!...

III

¡El anciano y la mendiga, esas dos tristes figuras evocadas por mi mente, retratadas por mi pluma, se presentan ante mí muchas veces, muchas, muchas! Veo sus diestras extendidas, sus caras llenas de arrugas, sus miradas suplicantes siempre que alguno murmura á mi lado, esas palabras con que el *egoísmo* insulta á los míseros hijastros de la voluble fortuna.
—¡Dios le ampare!—¡Qué sarcasmo! ¡Qué horrible y sangrienta burla! ¡Tiene Dios una manera de amparar á sus criaturas!

T. C.

LAMENTACIONES.

Señores, ¿han visto ustedes una carta ó anatema, *pastoral* ó *pastoral* de Perico el de Plasencia... quiero decir, del obispo, vamos, del pastor de ovejas, digo, de ese venerable pastor de la santa iglesia?...

—Sí, eh? Me alegro infinito, suponiendo que no tengan desgracias que lamentar.

Yo la leí toda entera, y fué un milagro, señores, que no reventé con ella después de haberla leído...

¡Ay, qué noche tan perversa!

Pues, señor, el otro día, á eso de las seis y media de la tarde, muy tranquilo me fui á dar una vuelta por esas calles de Antón hasta llegar á la Puerta del Sol, y oigo con asombro gritar con toda la fuerza de sus pulmones á esos chicos que venden la esquila, diciendo: «La *pastoral* del obispo de Plasencia: á *perro grande*» Es decir, diez céntimos de peseta.

Señores, abrí una boca... más que la de una estafeta, y pensé: «Será posible que don Antonio consienta que vendan esos papeles? ¿Qué hace ese fiscal de imprenta?» En esto me interrumpió un muchacho; se me acerca, y dice: «La *pastoral* del obispo de Plasencia. Caballero, á *perro grande*»

A mí el demonio me tienta... y, en fin, señores, solté diez céntimos de peseta; larguéme á casa... y... aquí VERAN USTEDES la nueva.

Llegué á casa, y lo primero que me encontré fué la cena: cené, como es consiguiente, pero sin pensar siquiera que mi afán de leer la carta cometía una imprudencia.

Pero el hecho es que cené, y comencé mi tarea, leyendo la *pastoral* hasta acabar con Plasencia, digo, con la purga, digo con la carta... y ¡toda entera!...

¡Ay de mí! Nunca pense en lo que era tal esquila...

¡Ay, qué noche, caballeros!

¡Señores, qué noche! Apenas concluí de leer la carta...

lo mismo que si me hubieran hecho tragar á *fortiori*

dos kilos de sal de higuera, se descompuso mi cuerpo.

Pensé perder la pelleja.

¡Qué convulsiones, señores, y qué temblores de piernas!

¡Qué calentura! ¡Qué fiebre!

¡Y qué calambres! Si apenas sabía, en tan grave apuro dónde estaba mi cabeza.

Perdí el sentido: no sé... ni puedo de mí dar cuenta de lo que después pasó en esa noche tan perra...

A la mañana siguiente encontré á mi cabecera al doctor que estaba triste y que me daba unas friegas con una porción de drogas, volviéndome la existencia.

—¿Está usted mejor?—me dice.

—Creo que sí.

—¡Dios lo quiera!

Está usted febril.

—Tal vez.

—¿Qué le duele?

—La cabeza.

—¿La cabeza?

—Sí, señor, contesté con voz apenas.

—¿Qué le ha pasado?

—No sé.

Ahí está sobre la mesa.

—Pero, ¿cuál?

—La purga.

—¿Purga?

—Del obispo de Plasencia.

¡Ah!... Vamos... La *pastoral* del obispo... Já, já, já...

—¡Esa!

Pero, ¿qué! ¿se ríe usted?

—¿No hé de reírme?

—Paciencia.

—Ya la he leído. Pero, ¡hombre, y por esa friolera!...

—Usted tiene más estómago que yo.

—¿Y por esa simpleza se resiente su salud?

No merece eso la pena...

—Ya ve usted; yo soy un hombre de muy poca resistencia, delicado de sentidos, y la cosa más pequeña me da un ataque de nervios y trastorna mi cabeza...

—¡Pobre hombre! Parece usted un Lázaro que despierta de la tumba.

—Así lo creo.

—Tiene usted unas ojeras...

—No lo extraño.

—Pero, en fin, explique usted la incidencia.

—Pues, nada; fuí un imprudente; porque si anoche no hubiera cenado yo... Pero, en fin, cené: no tuve paciencia; leí la carta, y, es claro, se me indigestó la cena.

—¿Qué contenía esa carta?

—Pues contiene muchas... letras.

Pero es el caso, doctor, que la leí toda entera...

Yo creí que era un obispo persona de mucha ciencia, humilde, caritativa, cariñosa noble y buena, un digno y santo varón, un juez de conciencia recta, un sagrado misionero, un elegido en la tierra, representante de Cristo cuyas doctrinas enseña... Pero sufrí un desengaño, y me convencí de veras anoche de que un obispo es como un hombre cualquiera: en vez de humilde, imponente, donde cabe la soberbia; que siente en vez de perdón el ímpetu de anatema; en vez de caritativo y amigo de la pobreza, un sér débil, y además un hombre de conveniencia, que habita en un gran palacio á lo grande, y que pasea en gran carruaje, que tiene siempre una opipara mesa bien provista de manjares con gran servidumbre, mientras hay tantos pobres que yacen en derredor de miseria... Un hombre, en fin, disfrazado con los hábitos de iglesia, rodeado de serviles que le adoran. ¡Oh flaqueza!

F. SALAZAR.

(Se continuará.)

¿MILAGRO Ó CASUALIDAD? (1)

En un pueblo cuyo nombre no es necesario citar, existía un pobre obrero honrado á carta cabal, trabajador como pocos, sufrido como el que más.

Este obrero, despreciando, cual se deben despreciar, las torpes preocupaciones hijas de la necedad, trabajaba los domingos y otras fiestas de guardar que deben santificarse según la iglesia, la cual, aunque dice que esos días no se debe trabajar, ni nos abona jornales, ni nos envía el *maná*; dicho sea entre paréntesis y en honor de la verdad.

Era mi hombre albañil; fué un domingo á trabajar según costumbre; subió al andamio y... ¡pataplán! le dió de pronto un vahido y fué á la calle á parar, haciéndose una tortilla como era natural.

—¡Milagro, milagro!—dijo la gente de aquel lugar.—

¡Justo castigo del cielo!

¡Castigo providencial!

Y todos los mentecatos respondían:—¡Es verdad! esto es milagro patente; esto no es casualidad.

—

Vamos á ver, comerciantes del comercio clerical, vosotros los que explotáis la ajena debilidad y trasformáis en divino todo lo que es natural, contestadme á esta pregunta, si es que sabéis contestar:

Cuando cae en una iglesia—

como ha sucedido ya—

un rayo que le deshace el omoplato á San Juan,

(1) Publicada por primera vez en el Suplemento al número 4 de *El Molín* correspondiente al 29 de Enero pasado y reproducida por *La Montaña* de Manresa, *El Figaro* de Sevilla, *Los Desheredados* de Sabadell y otros periódicos.

las narices á la virgen,
la frente á San Nicolás,
el hocico á San Ambrosio
y á Dios la espina dorsal
¿qué nombre dáis á este hecho?
¿Milagro ó casualidad?

TOMÁS CAMACHO.

SECCIÓN LITERARIA.

AQUÍ EL QUE NO CORRE, VUELA.

Pedro es joven y es simpático,
tiene clara inteligencia,
y ribetes de pintor,
y ribetes de poeta.

Sus modales son muy finos,
su conversación amena;
él entiende de política,
de artes, de industrias, de ciencias,
y de modas, y de toros,
y de otras cosas muy buenas.

Pero como el pobre chico
no tiene empleo ni rentas,
y tiene en cambio más hambre
que diez maestros de escuela,
ha decidido casarse
con una rica muy vieja.

Ya ha logrado sus deseos;
ya come, triunfa y pasea...

Señores, la verdad es
que aquí el que no corre, vuela.

Eloisa es una joven
de incomparable belleza,
de educación esmerada
y de talle de palmera.
Sabe tocar el piano,
sabe tocar malagueñas,
y bordar, y hacer *crochet*,
y poesías, y acuarelas.

El italiano lo entiende,
el francés lo chapurrea...
Pero á pesar de que admiran
su talento y su belleza,
no hay joven de posición
que la diga:—¡Usted me *petal*—
porque la pobre no tiene
sobre qué caerse muerta.

Ella en cambio ha despreciado
proposiciones modestas
porque dice que el amor
sabe muy mal sin pesetas.

¡Oh dicha! ya se ha casado
con un vejete que cuenta
cinco docenas de otoños,
y otras cinco de talegas,
y otras cinco, cuando menos,
de enfermedades diversas...
¡Pero si es lo que yo digo!...
aquí el que no corre, vuela.

Ese señor don Pancracio
¡qué bien, qué bien se conserva!
Parece un pollo, y nació
allá por el año treinta;
pero ¿qué ha de suceder
á quien tal vida se lleva?
El se levanta á las nueve
y va enseguida á la iglesia,
donde pasa un par de horas
en rezos y reverencias;
vuelve despacio á su casa
y á las doce en punto almuerza.
Luego toma su café
y su copa de aniseta,
y va un ratito á paseo
y al templo de nuevo entra;
después toma chocolate,
y después cena y se acuesta.
Tiene mucha intimidad
con toda la *gente negra*,
y con marqueses y duques...
Lo que no tiene son rentas

ni ocupación, ni... ¡demonio!
aquí el que no corre, vuela.

Este que á ver vais ahora
se llama *Juan Sinvergüenza*;
fué isabelino rabioso
cuando Isabel era reina.
—¡Abajo la raza!...—dijo
después de lo de Alcolea;
y luego:—¡Viva Amadeo!...—
gritó con toda su fuerza.
Cuando vino la República
exclamó: ¡Viva Figueras!

Barajó bien las palabras
que á continuación se expresan:
Deberes, derechos, honra,
porvenir, lucha, conciencia,
bienestar, luz, esperanza,
ánimo, valor, problemas;
formó con ellas discursos
y fué orador de plazuela.

Después se ha vuelto monárquico
y ha sido—¡quién lo dijera!—
moderado, canovista,
y fusionero y... etcétera.

Cada cambio de casaca
le ha valido una prebenda...
Nada, lo dicho, lo dicho,
aquí el que no corre, vuela.

TOMÁS CAMACHO.

Epigrama.

La niña de don Ulpiano,
delirio de su papá,
llora siempre cuando está
dando lección de piano.

Y el profesor Juan Sarmiento
que vé que pierde un cliente
quiere probar (y no miente)
que toca con sentimiento.

IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL,
Platería de Martínez, 1.

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

GRAN SOCIEDAD INDUSTRIAL ESPAÑOLA.

Desde el día 10 de Febrero ha quedado completamente organizada esta Sociedad, única en España.

Forman parte de la misma Químicos, Mecánicos y Físicos que han demostrado su elevada competencia en España y el extranjero.

La Sociedad tiene por objeto el establecer en condiciones ventajosísimas fábricas é industrias derivadas de las ciencias en general, como son:

Fabricación en gran escala de

Acidos minerales sulfúrico, nítrico y clorohídrico.

Cloro é hipoclorito de cal (polvos de gas).

Barrilla artificial, sosa cáustica y sus sales.

Crémor de tártaro, tartratos y ácido tártrico.

Alcoholes y éteres en general, cervezas y bebidas alcohólicas.

Glucosa y azúcares.

Jabones, perfumes y licores de diferentes clases.

Aplicaciones de la electricidad á la industria y artes, alumbrado y galvanoplastia, etc., etc., etc.

Los interesados ó capitalistas que deseen establecer cualquiera fabricación pueden dirigirse á esta Sociedad, la que dispondrá del personal científico necesario á montar el establecimiento.

La Sociedad se encarga de informar en todo lo relativo al coste y producción de la industria que se desee explotar.

Cualquiera fabricación puesta en España podrá sostener ventajosamente la competencia con el extranjero.

Toda la correspondencia, incluyendo sello para la contestación, se dirigirá al señor Director de la *Sociedad Industrial Española*.—Madrid.

GERMINAL

HIA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS DE

EMILIO ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por seis pesetas.
Librería de *El Cosmos Editorial*, Monterá, 21.